



DÉCIMO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 8 de junio: Un corazón lleno de misericordia.

Ayer hemos reflexionado sobre el dolor de Dios cuando no es amado por nosotros. Hoy nos preguntamos: ¿Cuál es la reacción del Corazón de Jesús que tanto ama a los hombres frente a nuestra indiferencia? Amar más. La reacción de Dios ante el pecado del hombre es manifestar con más fuerza su propio amor.

La Escritura nos describe el Corazón de Dios como un corazón que se alegra de poder perdonar, que encuentra su gozo en recuperar el amor de aquellos que se habían extraviado por el pecado. Pensemos en la fiesta que organiza el padre de la Parábola del Hijo pródigo (cf. Lc 15). El catecismo nos explica que: “solo el corazón de Cristo, que conoce las profundidades del amor de su Padre,



pudo revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan llena de simplicidad y de belleza” (CCE 1439).

Acudir al Corazón de Jesús es creer en este amor hasta las últimas consecuencias. Debemos acudir una y otra vez a Él, puesto que nos cuesta creer en la bondad divina hasta límites semejantes y confiarnos a ella. Dejemos a la Santa doctora de la misericordia que nos lo explique:

“Quisiera intentar haceros comprender por medio de una comparación muy sencilla cuánto ama Jesús a las almas, aun imperfectas, que se confían a Él. Supongamos que un padre tiene dos hijos traviosos y desobedientes, y que, al ir a castigarlos, ve que **uno tiembla** y se aleja de él con terror, teniendo, sin embargo, en el fondo del corazón el sentimiento de que merece ser castigado; su hermano, al contrario, se arroja en los brazos del padre, diciendo que siente haberlo disgustado, que lo ama y que, para probarlo, de ahora en adelante se portará bien. Después, si este hijo pide a su padre que lo “castigue” con un “beso”, no creo que el corazón del padre



dichoso pueda resistir a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor le son conocidos. No desconoce, sin embargo, que más de una vez su hijo caerá en las mismas faltas, pero está dispuesto a perdonarlo siempre, si siempre su hijo **“lo toma” por “el corazón”...** (18 julio 1897).

Dirijámonos también nosotros a Dios con esta confianza filial, sabiendo que nada ni nadie nos podrá apartar jamás de su inmenso amor manifestado en Cristo Jesús. Con la misma oración que ayer, le rezamos:

Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu voluntad se cumpla en mí, y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma. Te la doy con todo el amor del que soy capaz, porque te amo, y necesito darme, ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque tú eres mi Padre. Amén.